

ridas, cobrase el agresor la espada del difunto, y con ella (ayudado de Dios, que comenzaba á pagarle su buen celo) tan grande esfuerzo, que á pocos golpes le envió compañía; y queriendo envestir al último que ya volvía las espadas, reconocida su buena suerte, corrigió la venganza, y tomando su mula, con diligentes pasos dió la vuelta al convento.

Suelen la Providencia y el corazón humano tal vez hurtar su oficio á la profecía; y así, no obstante que los dos procuraron, ya con evidentes persuasiones y ya con secreta resistencia torcer aquel intento, representando el forzoso peligro en que nuestro fingido fraile se ponía, su fatal suerte atropelló tan seguros recelos, pareciéndole más acertado proseguir su viaje que dilatarle á mejor coyuntura. Y así, no reparando en que precisamente había de volver por el puesto adonde quedó aquel hombre herido ó muerto y en lo que podía en su breve ausencia haberse ofrecido; y asimismo en los indicios y bastantes muestras que iban dando su hábito y las manchas de la reciente sangre de sus heridas, atropellando por todo, apresuró la jornada, poniendo su perdición en contingencia; porque apenas atravesó dos calles que enderezaban su camino, cuando poco antes de llegar á la portería le saltó un tropel de gente, quien oyendo el rumor de las herraduras le salió al encuentro, dándose fácilmente á conocer por ministros de

justicia, de quien, con el alboroto que les había causado, lo que después sabréis, aunque los hábitos pudieran eximirle de su jurisdicción, no por eso dejó su diligencia y libertad de proponer su intento, preguntándole de qué lugar venía, por qué parte ó camino y aun qué personas en él había encontrado; todo á fin de sacar, por semejantes conjeturas, la probanza y averiguación que ya andaba haciendo acerca del herido que hemos dicho, al cual, poco después que sus homicidas se desviaron del puesto, llegó esta gente encaminada de otros nuevos y mayores indicios, sucesos de tan grave importancia como el que queda escrito.

CAPÍTULO IX

Prosigue el caso, y dícese para su mayor inteligencia el que antes de éste había pasado por aquestos ministros.

ANDABAN, pues, algunas horas antes rondando la ciudad aquellos hombres; y en aqueste ejercicio discurriendo de unas partes á otras, cuando menos pensaron dieron de ojos con una de las muchas y peregrinas aventuras á quien suele asistir el silencio, secreto y oscuridad de la noche. Digo que al emparejar de unas grandes y autorizadas casas que caían detrás de aquel convento, sintieron que desde sus altas ventanas, poco á

poco, iban descolgando unas sábanas; de cuya novedad, prometiéndose mayores lances, sin desplegar los labios esperaron su efecto, que no se dilató; antes, en un momento, sirviendo aquel débil instrumento de segura escala, vieron con varonil despejo bajar por ella una mujer; que en tocando en el suelo, fué rodeada de sus armas y luces.

No excusó el femeníl sujeto la turbación que el caso requería; y aun así, aunque deseara encubrirse, le faltaron las fuerzas, con que mal de su grado, quedó patente el vergonzoso rostro, acompañado de tan peregrina hermosura, que dejó á los presentes con igual respeto y admiración; porque este don de la naturaleza, privilegio del cielo y breve tiranía, no sólo atrae y fuerza los corazones y benevolencia de los hombres, más aún, trueca en afabilidad y cortesía la más inculta y bárbara condición.

Pasósele á la dama, con el repentino sobresalto, parte de su temor, y así, más sosegada, retirando á los principales ministros á una parte, descubrió su pena, sacando entre suspiros tiernos de su pecho las siguientes razones:

—No os admire tanto mi atrevimiento, ¡oh noble gente!, cuanto os lastime el afrentoso caso en que me veo. El dueño y señor de estas casas, hombre bien conocido, aunque extranjero de esta grande ciudad y reino, es no sé si diga mi desdichado esposo, cuya ofensa, indicios de que la

haya en su mayor reputación, le ha obligado á salir esta misma noche en busca del cómplice que presume, y, según los efectos, es sospechado que á darle muerte; acompañándose, para ello, de algunos criados y deudos. Dejóme, pues, en aqueste intermedio, en el encierro y seguridad de quien, faltándome aparejo para romper sus puertas, he salido con designio y propósito de huirle el rostro y juntamente el peligro que amenaza mi vida, la cual, con el honor, encomiendo á la obligación de vuestro oficio y proceder.

Interrumpió, llegando aquí, con lágrimas su cuento lastimoso; y los oyentes, informados de otras circunstancias convenientes y movidos de una secreta fuerza, que para provocar á misericordia más que el hombre encierra en sí cualquier mujer, con bien pensado acuerdo, dispusieron el remedio; y así resueltos, respecto de las partes y calidad de aquella dama, los unos la acompañaron hasta dejarla en seguro depósito, y los otros, parte quedaron en espera de su esposo y parte se dividieron por las vecinas calles; diligencia tan buena y acertada, que ella sola, al fin, como dispuesta de mejor providencia, los puso, en breve espacio, los delincuentes y la averiguación en su poder.

Porque los que asistían al marido, viéndole aunque mal herido, llegar á las puertas de su casa, cuando pensó que sus intentos estaban más

ocultos y celados, se apoderaron de él y juntamente de un criado, cuyos hombros, por venir desangrado, le servían de arrimo. Bien quisiera el afligido caballero disimular el caso; mas como la justicia estaba sobre aviso, ni sus razones satisficieron ni sus ruegos y promesas les obligaron. No obstante que, temiendo su vida, le dejaron con muchas y fieles guardas arrestado en su misma casa; adonde entendida la ausencia de su esposa, confiriendo por ella, su declarada y más pública afrenta, el interior tormento de tal desdicha, ayudó á sus heridas, de manera que, en pocos días, las hizo irremediables.

CAPITULO X

Declárase quién eran el caballero herido y el fingido fraile.

EN el interin que sucedió esta prisión y mientras el criado fué llevado á la cárcel, llegando los demás, que se habían repartido por las vecinas calles, á la portería del convento, y hallando en ellos y revuelto en su sangre aquel cuerpo, queriendo, para conocerle mejor, limpiarle el rostro, en él, aunque mortal y pálido y en la honrosa señal de Calatrava, no sin general compasión, fué conocido y no menos que por uno de los más generosos y bizarros mancebos de aquella gran ciudad.

Su nombre era don Félix, y su sangre y virtud tan conocida que, no sólo causó en los circunstantes el dolor que he dicho, más aún, le fué incentivo para su castigo y venganza; y así, queriendo con nueva compañía proseguir los unos tan importante prueba y los demás en el último remedio del desdichado caballero, al ponerlo en sus hombros sintieron que, como si volviera de algún parasismo mortal, el cansado espíritu anhelaba de sí pequeñas lumbres. Con que apresurando el camino de su casa, con mejor esperanza, se le entregaron á sus deudos y criados, que no sin lágrimas y mayor alboroto le recibieron; y acudiendo al remedio de su vida, en breve término le restañaron la sangre y dispusieron otros saludables antidotos y medicinas, si bien en este tiempo no se descuidó la justicia en lo que la tocaba; antes, dejando hasta el fin del suceso en bastante guarda su persona, dividiéndose en calles y cuadrillas, procuraron rastrear los delincuentes, para cuyo efecto hacían las preguntas que ya oísteis al disfrazado religioso; que por muy buen partido tomara, en semejante razón, hallarse muchas leguas del tal aprieto.

Y no así su recelo le salió engañoso; antes, apenas comenzó á responderles, cuando en la voz y el rostro descubierto á la luz de las linternas fué de casi todos conocido. Era, pues, este desgraciado hombre hijo de la ciudad, y, aunque algo inquieto, persona de calidad y valien-

tes manos; y de presente, habiéndose hallado en una muerte, mientras con sus deudos y hacienda se acomodaba, yendo y viniendo de Epila, en aquel disfraz, le sucedió lo que habéis oído; y últimamente el caer en las manos de la justicia, que no menos alegre con tan buena prisión, guió con él á la cárcel pública, adonde, respecto de la religión, á su instancia, le permitieron dejar los hábitos, aunque la reciente sangre de que venían manchados y las heridas que traía (sobre su principal delito) acrecentó nuevos y diferentes indicios, vehementes presunciones de que podría él haber sido alguno de los cómplices que buscaban. Con que haciéndole primero curar, acordando nueva orden, le dejaron encerrado y sin comunicación en uno de los aposentos y cámaras destinadas á semejantes cosas, adonde el pobre y desgraciado Federico (que este era su propio nombre), con tristeza entrañable, efecto de tan extraordinarias desventuras, gastó lo restante de la noche y otros dos días sin entender ni penetrar el fin de aquel encierro, ni el silencio con que, aun de los mismos que le curaban, era tratado.

CAPITULO XI

Acontecimiento notable en la reclusión de Federico.

EN medio de tanto desconsuelo, la justicia divina, á cuya poderosa diestra había movido el celo y religión con que aqueste hombre aventuró su vida contra la detestable maldad que al principio oísteis, guió por sus particulares y secretos juicios, no sólo los sucesos en que estaba inocente, mas aquellos que más pudieran apretarle; de suerte que, cuando se juzgó por perdido, entonces casi llegaron amontonados el galardón, la estimación y fin de todos sus temores y trabajos; porque es oficio del cielo recompensar con beneficio y premio duplicado las obras que se hacen por su respeto.

Mas antes de tan dichoso efecto y mientras los jueces (ya con la dama que tenían en depósito, ya con el marido, preso en su misma casa y mortalmente herido, y ya con el galán don Félix en la suya, y no en menor peligro, y, finalmente, con el criado que asistía en la cárcel) iba haciendo diligente pesquisa, en una de las próximas noches de su encierro, como el dolor de las heridas y el intenso temor desvelasen al pobre Federico, estando fatigado su espíritu con varios pensamientos, sin pensar interrumpió su pena una voz lastimosa que, en medio de suspiros

tristes, se dejaba entender confusamente; con que no poco alborotado, olvidando sus fatigas, más atento aplicó los oídos y la vista á una juntura breve que en forma de resquicio hacían los ladrillos de un tabique, y por donde salía, á su parecer, aquel nuevo rumor. Y no fué en vano aquesta diligencia, pues apenas puso allí los ojos cuando en el aposento vecino miró en un pobre colchón tendido un hombre, mas tan oprimido de grillos y cadenas, que casi su pesadumbre sola le hacían inmóvil. Tenía pegada en la pared frontera una vela encendida, con cuya luz también determinó el rostro, y en él, aunque lloroso y lastimado, la poca edad del dueño, al cual, movido de su natural compasión y deseando en alguna manera consolarle, le comenzó á llamar en baja voz, diciéndole:

—Amigo y compañero de mis desdichas, cuyos trabajos bien pienso las igualan, suspended á mi ruego parte de tanta pena, porque si no es posible remediarla quejándoos, menos será acertado prevenir el dolor antes de su ejecución. Sirvan os de consuelo mis conformes cuidados, y, participando yo de los vuestros, juntamente descansarán nuestros corazones comunicándose.

Aquí, esperando la respuesta, y viendo que con igual admiración le volvía el rostro, calló Federico, y con más atención vió que, acercando al tabique mismo el fatigado cuerpo, satisfacía sus razones con la siguiente plática:

—Si en tan graves desventuras pudiera dispensarse el sentimiento, ó mitigarse al menos, estad cierto, noble y piadoso amigo, que vuestra prudente persuasión venciera su vigor ó suspendiera el temor incesable que me aflige; mas él es de tan miserable condición, que, como el más espantoso de los males, irremediamente me tiene sin consuelo, incapaz de consejo; yo espero por instantes la muerte, y aunque será corta satisfacción de mis delitos, ellos y mi mala vida producen tan cobardes extremos, porque así como el morir es dulce y agradable á los buenos, por el contrario, para los malos es sumamente amargo y espantoso.

Suspensio dejaron á Federico tan notables razones; y aunque le pareció por demás el consolar su dueño, todavía, con nuevas réplicas, volvió á intentarlo así:

—Aunque tan justas causas como habéis referido pueden en parte atajar mi razón y aun aumentar mi pena, el deseo de divertir la vuestra habrá también de excusar mi importunación y porfía. Yo soy de parecer que afligiros con tal desconfianza no hará mejor efecto que anticipar el daño que se espera; cosa por cierto indigna de un ánimo varonil, en quien no sólo han de ser los trabajos tolerables, mas hasta el fin acompañados de constancia y firmeza. Apártese, pues, de vuestro espíritu tan miserable presupuesto; que si para facilitarlo gustáredes que con mis desdichas

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

os entretenga, dándome, en cambio, el alivio y consuelo de las vuestras, tendré á muy buena suerte el referirlas.

Casi ordinariamente, ó ya con el temor, ó ya con la razón, se convencen los hombres; con que no sería mucho que las de Federico obrasen en aquesta razón según su intento, como, á la fin, sucedió; pues obligado y aun reconocido el afligido preso, no sólo mostró con nuevo aliento mayor ánimo, mas deseando parecer corregido, enjugó las lágrimas; y en vez de escuchar ajenos males, como quiera que, comunicados éstos, son menores, mejoró la elección, tomando por partido el referir los suyos. Y así, apercibiéndose para contar su historia, puso al nuevo amigo en justa obligación y aun en cuidado de ensanchar el resquicio. Después de lo cual, ofreciendo atención y acomodándose según su miserable estado, uno escuchó en silencio y otro de aquesta suerte dió principio á su cuento.

CAPÍTULO XII

Cuenta el preso su vida á Federico.

AUNQUE, sin deslizarme á exornaciones y preámbulos, pudiera reducir mi promesa á mayor brevedad, dejando circunstancias, si no forzadas, no ajenas del intento, todavía (si bien á costa de mi alma) deseo tanto pagar vuestro

consuelo, que pienso referiros su pena, sin celar mi secreto muchas cosas que vergonzosamente han de aumentar mis culpas; no obstante que ya de ellas tengo por permisión del cielo (que al encubrirlas acobardo mis fuerzas) hecha bastante confesión, á quitarme la vida; cuyo fin pienso que se suspende hasta ratificarme. Con esta prevención, si ya no lástima, podréis, amigo, tener paciencia oyendo en mi discurso la mala cuenta que ha dado de sí este mísero compañero de vuestras desgracias.

Doce años podrá haber que, infelizmente, con semejante edad, salí, por muerte de mis padres, de las montañas de León, patria de muchos buenos, con que, si no se excusa, al menos se acrecienta la ingratitud infiel que me ha reducido á tales términos. Mi nombre es Fulgencio, y mi hacienda tan corta, que para sustentarme fué preciso doblar mi inclinación, acomodándola á servir, y en aquesta ciudad, á un caballero, de quien no sólo vine á ser su mayor privanza, mas juntamente amigo y compañero, no criado, de su único hijo, mancebo de mi tiempo, aunque de diferentes partes y virtudes.

Con éste, bien que su padre viejo enderazaba para otros fines sus acrecentamientos, cursé en la Universidad, ciñéndome al gusto de mi dueño, algunos años, en el loable ejercicio de las letras, sin que de ellas me divirtiesen el hervor de la sangre ni la inconstancia de la juventud,

cuya naturaleza, no sólo inclina á variedades y caídas, mas pronostica arrepentida y trabajosa vejez. Y si bien reconozco excepción de esta regla, no culpo, no, tan bien gastados días; lloro, sí, con razón, el haber huído sus documentos y cedido al furor de las armas la quietud de los estudios; pues quizá este desorden acarrió el presente naufragio.

Preveníase en aquesta sazón en la Coruña, en Lisboa y parte de Vizcaya la más potente armada que han visto nuestros siglos; magnánimo y piadoso remedio del católico Felipe contra las invasiones de la India y expugnación de Inglaterra, que las fomentaba.

Alborotóse, para jornada tan bien acepta, la nobleza de España, y singularmente la de aquesta corona, entre quien, dejando este su mejor paraíso, por gusto de su padre, fué mi dueño, y yo en su compañía; y habiéndole primero hecho merced de un hábito, nos embarcamos en vasos escogidos casi veinte mil hombres de pelea, setecientas piezas de artillería, municiones, arcabuces y picas para los católicos de la isla, que en viendo las banderas de España se habían de juntar á nuestro ejército, de quien era cabeza general el duque de Medina, con quien salimos de Lisboa á los fines de Mayo, maltratando de este el mismo punto los vientos á la armada; perdiéndose primero en la costa de Bayona algunas galeras y abrasándose gran parte de la pól-

vora, rindiéndose navios; y finalmente, faltando prevenciones que, á cargo del príncipe de Parma, dejaron en opinión su crédito.

Cesó, sin mejores efectos, jornaba tan bien prevenida, dando á España la vuelta, y en ella á algunos puertos de Galicia; en quien desembarcando, perecieron de enfermedad ocasionada del trabajo padecido en tantas borrascas y contagio de los mantenimientos, muchos soldados y personas de lustre, que aventureros habían servido á Su Majestad, no siendo mi amo y yo de los más bien parados. Si bien convalecientes, quisimos desde la Coruña volvernos á Zaragoza; y poniéndolo por la obra, á dos ó tres jornadas, una fiesta llegamos al Cebrero, al mismo punto que otros muchos de á mula, acompañando una litera; de adonde parando en la posada, salieron dos mujeres, una de anciana edad; mas la que la seguía de tan pocos años, que pienso frisaban en los quince, digno asiento de la mayor belleza de la tierra. ¡Oh, cuán bien á este atributo llamaron los gentiles mudo engaño! Porque si muchos hablando engañan, sólo la hermosura callando engaña y ciega al que la considera.

Sucedióle lo mismo á mi inconsiderado dueño, pues apenas hizo la vista objeto de sus partes, cuando abriendo por ella francas puertas al alma, sin más consideración trocó su libertad en vassallaje. Quedó como rendido, humillado y sujeto á diversos cuidados y confusiones; y así, no

sabiendo qué remedio tomarse, de mi consejo supo su nombre, su calidad y naturaleza; porque sin dificultad absolvió estas preguntas uno de sus criados.

Eran las dos señoras hija y mujer de cierto caballero de los de la jornada, que quedaba enfermo en Santiago; y con tan grande aprieto, que les convino venirle á acompañar desde Zaragoza, adonde (no se diga que para mi total perdición) tenían, como nosotros, su morada. Llamábase la hija doña Elena, y por única y sola, exageradamente querida de sus padres, cuya hacienda era tanta como su calidad.

Con tal información se resolvió mi dueño á hablarlas; y así el saber que eran de nuestra patria facilitó su intento, llegando con tan buen achaque á hacerles cortesía. Son los ricos vestidos, los adornos preciosos, el mejor sobrescrito de la persona; y más cuando con tan honrosa insignia como un hábito, las partes se aventajan y lucen. Y cayendo todo esto sobre la presencia gallarda, rostro agradable y algún conocimiento de sus padres, no hay duda sino que sería mi dueño recibido con gusto, como así sucedió, y aunque no admitidos sus ofrecimientos corteses, correspondidos con igual agasajo.

Hablaron de su tierra algunas cosas y no pocas de la infeliz jornada, procurando el nuevo enamorado, por dilatar rato de tanto gusto, introducir materias que lo alargasen; mas llegándose

la hora de comer, y poco después la de su partida, haciendo esfuerzos para acompañarlas, ellas, á su pesar, lo divertieron; quedando tan triste y afligido, que juzgando que de su inclinación y amoroso afecto se había hecho poco caudal (y como siempre la más fiel señal de un cierto amor es comenzar temiendo y desconfiando), de tal modo estas dudas aumentaron su incendio, que olvidado del primer viaje, se dispuso á volver dando escolta á doña Elena; para lo cual, pasando aquella tarde á Villafranca, por mejor disimulo, haciendo dos esclavinas, dimos la vuelta cumpliendo votos que si en la pasada tormenta no los prometimos, no sé cómo los cielos nos sacaron á seguro puerto.

CAPÍTULO XIII

*Prosigue Fulgencio el amor de su dueño
y dice su suceso en Compostela.*

AL fin, siguiendo la voluntad de mi amo, me acomodé á su modo, caminando, aunque á cortas jornadas, las que hasta Compostela nos quedaban, cuyo divino santuario, tercero á los mayores de la tierra, visitamos el siguiente día; siendo tanta después nuestra diligencia, que no sólo dimos con la posada de las damas, más aún, tuvimos orden para aposentarnos pared en medio.

Con semejante prevención, todas las horas que

quería ponerse delante de su dama, sobrando la ocasión, vecindad de ventanas y asistencia suya por la enfermedad y cura de su padre, fácilmente podía conseguirlo; y así fueron sinnúmero las que se ofreció á sus ojos; que al principio, si no repararon en su cuidado, la continuación de su presencia les fué poco á poco granjeando, hasta que el advertir algunas señas y el parecerla que antes le hubiese visto, la hizo que dudase curiosa en su conocimiento; y de esta duda que cayese en la cuenta, acabando de entender, entre el basto sayal de la esclavina, la causa de su peregrinación.

Mas no dudando, con la fineza de este amor, la severidad de su condición, mi amo fué perdiendo la paciencia, y al paso que su gusto y desdén le enflaquecía, iba en aumento su pasión. Mas como en las mayores resistencias se alienta y se mejora el noble espíritu, así agora el desprecio y desdén que justamente diera al traste con otra voluntad, parece que animaba la suya; con que no sólo fió atrevido su amor de la fortuna, mas puso en crédito, si ya tal vez pueden los acaecimientos dichosos subordinarse al despejo y audacia.

En fin, el tierno amante, juzgando que con la comodidad de las ventanas fácilmente, en hándola sola, podía darla un papel, y que si ofendida le arrojase, no perdía reputación en proseguir su intento, últimamente se resolvió á

escribirla, y en tan buena ocasión, que no sólo tuvo su diligencia efecto, mas juntamente fué admitida con agradables muestras: cosa para el amante tan alegre, que puso en contingencia su buen juicio.

Decíale en el billete, entre tiernos afectos, la fuerza de su amor, la firmeza de sus perverancias, y aunque en bosquejo, asimismo mezclaba algo de sus merecimientos, parte de su calidad y mucho de sus pretensiones, hacienda y esperanzas; enderezando tales razones á que su dama tuviese de sus cosas mejor crédito y, sin indignación de sus empleos, acogiese menos esquivá á los que sólo á su honor se dedicaban. Leyó casi á sus ojos doña Elena todo el papel, y con tanto contento de mi dueño como ya habéis oído.

Mas como nuestros fáciles placeres tienen tan seguros descuentos, brevemente se halló con mayor pena y su dama con igual confusión. Porque en medio de la suspensión en que sus conceptos la tenían, sin poderlo remediar ni encubrir, la halló su madre con el hurto en las manos y al turbado galán pendiente de sus ojos.

Cuando aún los flacos principios, ó ya por razón ó causa accidental llegan á errarse, parece que aperciben iguales fines. Veréis presto en mi propia experiencia esta verdad, bien que fomentada de propias culpas, de ingratitudes, de venganzas y alevosos deseos. Cayó, pues, de improviso la basa, el fundamento de este edifi-

cio, cuyas ruinas, entre su primera esperanza, lloraba mi dueño, convertidas en cenizas y humo; retirándose, en tanto, doña Elena y su madre, la cual, si en público no hizo grandes extremos, en la clausura y encierro de su hija se mostraron mayores.

Mas, antes que paséis adelante, advertid este punto y en él la fuerza de una privación, el rigor de una voluntad oprimida y, últimamente, los efectos que de tanto cuidado, encierro y diligencia resultaron.

No desmayó el amante con tal desgracia, aunque considerada en la ocasión primera favorable, era justo temerse no disponer la fortuna del suceso por diferentes medios; porque lo que sin duda fuera sin largo trato, sin finezas muy grandes y continuos servicios imposible alcanzar, sin merecer, sin pensar, lo hizo fácil una madre indiscreta, un recato encogido y una severidad demasiada.

Mi dueño, pues, á quien las dificultades ponían mayor esfuerzo, constante en su propósito, asistió á conseguirle; viviendo con cuidado, y recogido, tanto por no causarle á doña Elena, cuanto por no ser conocido en semejante disfraz, de los muchos caballeros que acudían de la jornada. Por estas causas, lo más del día guardábamos la casa; en quien en estos intermedios y muy cerca de mi propia cama, no sin poca advertencia, en diferentes noches y horas se sentían los

pequeños golpes, dados, según mi parecer, en la pared vecina; cosa que aunque al principio no me causó novedad, su continuación y hora extraordinaria me obligó después á sospechar curioso y, juntamente, á decírselo á quien (como tan buen amante) menores circunstancias le alborotaran; y así, con vigilancia, queriendo él asistir á ésta, sucediendo los golpes en la siguiente noche y en la misma parte, tiempo y sazón, sin más considerar (porque él ya antes tenía conjeturado por señales y muestras evidentes que aquel tabique caía al cuarto en que doña Elena posaba), prometiéndose un alegre suceso, comenzó á responder con los mismos golpes; y luego, suspendiendo la obra, á escuchar si repetían en el reclamo, como en efecto se hizo. Porque apenas aplicó los oídos, cuando en voces confusas entendió que le preguntaban si era alguno de los dos peregrinos; á que, no obstante que por entonces no se distinguía el conocimiento de la voz, con mayor alegría fué satisfecha.

Mas antes es justo que sepáis, porque no se dificulte este acaecimiento, que no sólo las casas de Santiago, empero casi todas las de Galicia, son por la mayor parte de madera; digo los traveses, divisiones, tabiques y aposentos; de los cuales era este de quien voy á hablaros y por donde, así en la presente como en otras noches, comunicó mi dueño, más bien reconocida á su dama. Y aunque á su ingenio, á su vehemente

voluntad se le debía tan discreta industria, todavía, recelosa de algún engaño, no quiso aquella primera noche alargarse á más que á pedir acomodásemos de tal suerte aquel puesto que pudiese ella vernos; pues con algunos fáciles barrenos saldría de duda y pasaría con mejor objeto. En fin, unos y otros por entonces quedamos dudosos, hasta que haciendo, según el advertencia, los barrenos, mi amo salió de confusión y aun de juicio; y doña Elena mostró, aunque vergonzosa, igual contento, y descubrióse bien en razones, como asimismo el tierno amante en sus agradecimientos humildes.

Quería ella obligarle y salir gananciosa, y así, en breves palabras, estimó su voluntad, aseguróse de su perseverancia, encareció las primicias de su recompensa, y el peligro á que se ponía, el temor y cuidado de sus padres, y últimamente, recibiendo por suyo, puso límites á los efectos de su amor, anteponiendo su honra y la obediencia paternal. Y si bien con esto raras veces deja de atropellarle, replicando su amante, la dejó tan contenta como segura de su buen empleo.

CAPÍTULO XIV

Convalece su padre de doña Elena: vuélvense á Zaragoza, y ella tácitamente en el camino se desposa con su galán.

Por esta parte, y con el viento en popa, fué engolfándose aqueste amor recíproco; y viéndose casi todas las noches, en ellas acabaron de satisfacerse y aun encadenarse, con tan estrecho nudo, que sólo la muerte ha podido romperle.

Aquí, haciendo el afligido Fulgencio una gran suspensión, dando nuevos gemidos, interrumpió su cuento; no obstante, que la promesa hecha á Federico (dejándole aún más confuso su impulsado extremo) le forzó, reprimiendo las lágrimas, á proseguirle de esta suerte:

—No hay tan valiente antídoto contra toda aspereza como el trato y la comunicación, dulce y agradable tiranía de los corazones humanos. Esta reduce la condición más bárbara, el ánimo más entero y el deseo más esquivo; y así llano es que siendo tal su operación, mejor ahora en dos tales sujetos, en dos espíritus generosos, en una discrección apacible haría su efecto. Pues es certísimo que no pudo mi amo hallar remedio más seguro para conseguir su deseo y amartelar de veras el pecho de su dama, como la continuación de sus visitas; en cuyo término, teniéndole